

# EL TIGRE Y LA BOLSA DE PAPEL

Por *Elena Welch*

A KWAKU no le gustó lo que su padre le decía a su madre. Sus padres estaban conversando dentro de la choza y no sabían que Kwaku los escuchaba.

-Tengo que ir a ver a mi tío continuó el padre de Kwaku-. Yo sé que vive muy lejos, pero hace más de un año que no lo he visto.

-¡Pero las historias que se oyen del tigre! -protestó la madre de Kwaku-. Dicen que es un tigre cebado que mata a la gente.

-Yo sé -oyó Kwaku que su padre suspiraba-. Pero hace varias semanas que nadie lo ha visto. Puede ser que haya desaparecido.

Kwaku se escabulló de la choza sin esperar más. Hubiera querido seguir escuchando, pero comprendió que si lo hacía, llegaría tarde a la escuela sabática.

Hacía varios meses que, aun cuando su familia le había dado órdenes estrictas de que no se acercara a la misión, Kwaku había ido allí lo más posible para escuchar al misionero que enseñaba acerca de Jesús. "Allí enseñan muchas falsedades", le habían advertido sus padres. "Hablan de un falso Dios llamado Jesús. Si escuchamos historias acerca de dioses falsos, los espíritus nos castigarán".

Pero Kwaku no pudo dejar de volver a la misión. Prestó mucha atención cuando el pastor Devlin explicó que Jesús ama tanto a todos los habitantes del mundo, que murió por ellos.

Kwaku no había conocido nunca a nadie que lo amara tanto. Sus padres eran buenos con él, lo vestían y lo alimentaban, pero él sabía que no estarían dispuestos a dar su vida por él.

Mientras Kwaku recorría el sendero polvoriento que conducía a la misión, no pudo menos que afligirse por su padre. La aldea donde vivía su tío quedaba al otro lado de la montaña. Su padre se vería obligado a cruzar por una región muy densa de la selva. ¿Y qué ocurriría si el tigre andaba rondando todavía por allí?

De pronto Kwaku recordó lo que el pastor Devlín le había dicho. "Lleva tus problemas a Jesús, en oración. El siempre te escuchará. Y sí es su voluntad, enviará a sus ángeles para que te ayuden".

"Le pediré a Jesús que mande sus ángeles para ayudarme -decidió Kwaku-. Los ángeles sabrán la forma de evitar que mi padre vaya donde está el tigre".

Cuando terminó la escuela sabática, Kwaku oyó que lo llamaba su amigo Rubén.

-Espera. Tengo un regalo para ti.

Kwaku se volvió en seguida para ver lo que Rubén tenía. Pero cuando vio que su amigo tenía en la mano un pedazo cuadrado de papel doblado, arrugó el entrecejo.

-¿Qué es eso?

Rubén se rió.



-Se llama una bolsa de papel explicó-. Ayer le ayudé al pastor Devun, y él me dio comida en esa bolsa. Me ha dado varias. ¡Escucha! Esto es lo que a mi me gusta hacer.

Mientras Kwaku lo observaba, Rubén sacó otra bolsa de papel que tenía guardada entre su camisa. Apretó con su mano la parte superior de ella y luego la levantó hasta la boca. Entonces sopló fuerte y la llenó de aire. ¡Bam! hizo la bolsa al explotar cuando Rubén le dio un puñetazo.

-¿Ves? ¡Hace un ruido tremendo!

-¡De veras! -estuvo de acuerdo Kwaku, que se había tapado los oídos.

El quiso hacer lo mismo con su bolsa, pero por alguna razón no lo hizo. En lugar de eso se la metió entre la camisa y corrió a su casa.

Su padre lo estaba esperando frente a la choza. Tenía una cestita en la mano. Al verla, a Kwaku se le fue el alma a los pies. ¡Su padre había preparado comida para el viaje!

-Hijo, voy a cruzar la montaña para visitar a nuestro tío -declaró-. Puede ser que esté ausente varios días.

Kwaku abrió la boca para decir algo. Pero las palabras que pronunció no eran las que se había propuesto decir. El mismo se sorprendió al escucharlas:

-Déjame acompañarte.

Por un momento su padre vaciló. Finalmente hizo un gesto de aprobación:

-Será un largo camino; pero, de cualquier forma, ven.

Mientras Kwaku caminaba junto a su padre, no alcanzaba a entender por qué había pedido ir. Era casi como si otra persona hubiera dicho lo que él dijo. ¿Fueron los ángeles de Jesús?, se preguntó. ¿Por qué lo mandaban ellos con su padre? ¡El no podía hacer nada con un tigre!

El sol declinaba, caliente y enceguecedor, y Kwaku podía sentir las bocanadas de polvo que le azotaban el rostro. Si no hubiera sido por el tigre, el muchacho hasta se habría sentido contento cuando comenzaron a ascender la montaña. La vegetación se hizo más densa, y la brisa era más fresca.

En la montaña reinaba un gran silencio. De pronto el padre de Kwaku se volvió, horrorizado.

¿Qué pasaba? ¿Había visto algo?

-¡Ojalá no hubiéramos venido! -dijo en un susurro.

-¿Por qué? -preguntó Kwaku.

Luego escuchó. El y su padre quedaron inmóviles. A su alrededor todo era quietud. Una quietud oprimente. Las aves no cantaban más. Kwaku no tardó en escuchar el ruido... un sonido como de gotas de lluvia sobre las hojas.

Temblando, el muchacho se aferró al brazo de su padre.

-Ese ruido... ¿qué es?

-Temo que sea el de un animal salvaje que nos está siguiendo -repuso su padre.

El temor atezó la garganta de Kwaku y enronqueció su voz.

-¿Es el tigre?

-Temo que sí.

El sonido como de gotas de lluvia se oía ahora más cerca y más rápido. Kwaku y su padre se escondieron detrás de un arbusto, del frente.

-Si tan sólo tuviera un arma de fuego como tienen los cazadores...

-Kwaku oyó que su padre murmuraba.

Pero Kwaku inclinó la cabeza. "Te ruego, Jesús, envía tus ángeles para ayudarnos", oró.

Cuando Kwaku juntó sus manos para orar, sintió el crujido de la bolsa de papel que llevaba entre la camisa. Inmediatamente la sacó. ¡El ruido que Rubén había hecho! ¡Era como el ruido de un arma de fuego!

Sin perder tiempo Kwaku apretó la bolsa y la acercó a la boca llenándola de aire. Cuando terminó de hacerlo, las rayas amarillas del tigre fulguraron por entre el matorral. Con todas sus fuerzas Kwaku apretó la bolsa de papel.

-¡Bang!

El tigre huyó a toda velocidad internándose en el bosque al par que el padre de Kwaku se puso de pie de un salto.

-¿Qué es eso? -gritó, tomando la bolsa de papel.

Kwaku le explicó dónde había obtenido esa bolsa de papel y le dijo que había estado asistiendo a la escuela sabática para aprender acerca de Jesús.

-Yo le pedí a Jesús que enviara sus ángeles para ayudarnos. Ellos me hicieron pensar en reventar la bolsa de papel como lo había hecho Rubén.

El padre de Kwaku sacudió la cabeza asombrado.

-Al fin y al cabo ese Jesús no es falso -dijo-. Si él puede ayudarte a salvarnos de ser comidos por un tigre con sólo una bolsa de papel, debe ser un Dios muy real.

Ahora toda la familia de Kwaku va a la escuela sabática y también han aprendido cuán real y maravilloso es Jesús.